

VISIÓN GEOSTRATÉGICA ESPAÑOLA. MIRANDO HACIA EL SUR

R
E
S
U
M
E
N

Este artículo examina la evolución de la visión geoestratégica de España, moldeada por un entorno internacional cada vez más inestable y el aumento de los retos globales. Históricamente, España ha mantenido una estrategia de defensa discreta, confiando en la OTAN y la UE para salvaguardar su seguridad. Este enfoque le ha permitido dar prioridad al desarrollo económico y social, minimizando al mismo tiempo sus compromisos militares. Sin embargo, la escalada de tensiones geopolíticas, incluida la guerra en Ucrania, la inestabilidad en Oriente Medio y la intensificación de la competencia entre potencias mundiales, han obligado a España a replantearse sus prioridades.

Como puente entre Europa y África y situada en rutas marítimas críticas, España es un actor fundamental para proyectar influencia en el norte de África y el Sahel. Estas regiones son esenciales para abordar cuestiones de seguridad urgentes procedentes del sur que tienen un impacto directo en la seguridad española y europea. Al mismo tiempo, la relativamente lejana distancia geográfica de España con respecto a zonas de conflicto activo como Ucrania y Oriente Medio le proporciona una cierta «tranquilidad estratégica» a la hora de equilibrar sus contribuciones a la OTAN y a la UE con sus propias prioridades de seguridad nacional.

Este documento destaca el papel central de África en el enfoque geopolítico de España, en el que regiones como el Magreb y el Sahel se consideran prioridades estratégicas debido a su impacto directo en la seguridad de España, especialmente en relación con retos como la migración masiva, el terrorismo, o el crimen organizado. Para afrontar estas cuestiones, España hace hincapié en la necesidad de forjar alianzas de cooperación en África, con el objetivo de fomentar la estabilidad y el desarrollo regionales. La ausencia de un legado colonial español supone una ventaja importante a la hora de generar confianza y fomentar la

colaboración, lo que permite a España adoptar un enfoque pragmático que prioriza la disuasión, pero que también que aborda los factores socioeconómicos que provocan inestabilidad.

Al mismo tiempo, España adopta una postura cautelosa pero cooperativa en regiones geográficamente lejanas como el Indo-Pacífico, evitando verse envuelta en la rivalidad entre las grandes potencias, pero apoyando los esfuerzos que buscan mantener la estabilidad regional; igualmente, España aboga por un enfoque equilibrado de la seguridad europea, que abarque 360 grados y haga hincapié en la importancia de abordar de una manera equilibrada las amenazas procedentes del sur junto con los retos del este.

En definitiva, España busca alinear sus intereses nacionales con los compromisos internacionales mediante un enfoque geoestratégico integral, coherente y pragmático. Aprovechando sus ventajas geográficas y cultivando relaciones mutuamente ventajosas y sostenibles, especialmente en África, España está desempeñando un papel constructivo en la seguridad europea y mundial. Esta estrategia en evolución refleja la transición de España desde una postura tradicionalmente pasiva a un papel más proactivo y asertivo. En un momento en el que se cuestiona el orden internacional, España está dispuesta a contribuir, dentro de sus posibilidades y capacidades, a la estabilidad y la seguridad mundiales, aprovechando sus ventajas geopolíticas para hacer frente a los retos de seguridad en la vecindad meridional de Europa.

La geopolítica tiene que ver con el poder

La geopolítica se ha empleado tradicionalmente para analizar el comportamiento internacional de un Estado y configurar su política de seguridad en función de variables geográficas. Sin embargo, en las décadas posteriores al final de la Segunda Guerra Mundial, esta disciplina académica cayó en desuso debido a las connotaciones negativas asociadas a las teorías expansionistas que dominaron su discurso a principios del siglo XX.

No obstante, el debilitamiento del sistema internacional, impulsado por el declive

relativo del poder estadounidense y la aparición de nuevas potencias revisionistas que desafían la distribución global del poder, ha provocado una renovada apreciación de la geografía, situándola de nuevo en el centro de la toma de decisiones políticas en la mayoría de las naciones. La geografía importa, y la geopolítica ha resurgido con renovado vigor como una herramienta cada vez más utilizada para comprender el mundo, analizar las interacciones entre los Estados y dilucidar cómo formulan sus políticas de seguridad y defensa. La relevancia de la geografía se incrementa en los momentos actuales, en los que los principios fundamentales del derecho internacional que sustentan el orden mundial se han vuelto alarmantemente frágiles, hasta el punto de que la probabilidad de que las potencias grandes y medianas resuelvan sus disputas por la fuerza es ahora mayor que nunca.

Además, en una época en la que las guerras industriales han vuelto con toda su brutalidad y violencia para quedarse, las dimensiones más agresivas de la geopolítica se han acentuado cada vez más, transformando la práctica de las relaciones internacionales en un juego intrincado y peligroso. La famosa afirmación de Yves Lacoste de que «la geografía se utiliza, sobre todo, para hacer la guerra»¹ puede, hoy en día ser reinterpretada en un sentido alternativo: la guerra se utiliza para configurar la geografía de un país. Esto concuerda con lo que Robert Kaplan describe como «la venganza de la geografía»²: los Estados pueden ignorar su geografía, pero nunca superarla.

La geografía determina el carácter de España

Hasta tiempos recientes, la geopolítica suscitaba poco interés en España y prácticamente no existían estudios serios sobre el tema. Gracias a un contexto internacional favorable y a una periferia geográfica compuesta por socios, aliados o Estados vecinos no agresivos, la pertenencia de España a organizaciones poderosas como la OTAN —y, en menor medida, la UE— satisfacía sus

¹ LACOSTE, Y., *Geography, This Serves First of All to Make War*, traducido por David Turnbull. Minneapolis, 1988. p. 1.

² KAPLAN, R. D., *La venganza de la geografía: lo que el mapa nos dice sobre los conflictos venideros y la batalla contra el destino*, 2012, pp. 3-28.

necesidades geoestratégicas. Sus preocupaciones en materia de seguridad eran de alcance limitado y relativamente fáciles de gestionar.

Como resultado, España pudo permitirse durante décadas carecer de una visión geopolítica independiente, en el entendimiento de que las amenazas existenciales eran prácticamente inexistentes, los riesgos potenciales eran fácilmente gestionables. En el peor de los casos, el apoyo de sus aliados servía para compensar sus capacidades militares limitadas. En el contexto de la integración europea y de garantías de seguridad euroatlánticas, el enfoque típico de España era alinearse con la mayoría, adoptando una estrategia de bajo perfil que, en general, satisfacía sus intereses nacionales. Lo que era bueno para la mayoría solía ser bueno para España.

En este marco, España adoptó un enfoque tradicional de «bandwagoning» —tal y como lo definen teóricos del realismo estructural como Kenneth Waltz— alineándose con el más fuerte³, Estados Unidos. Este comportamiento, no muy diferente al de sus socios europeos, se convirtió en la piedra angular de la política exterior, de seguridad y de defensa española durante décadas, ya que resultaba factible, razonable y pragmático.

Esta situación no era exclusiva de España, pero era particularmente evidente en su caso. Seguir al poder dominante estadounidense era políticamente conveniente, ya que proporcionaba seguridad y ofrecía importantes beneficios, como el acceso a acuerdos comerciales ventajosos y a tecnología avanzada, algo inalcanzable mediante una política exterior y de seguridad autárquica. Alinearse con la potencia más fuerte y confiar en la seguridad común que proporcionaban las organizaciones internacionales proporcionó a España un nivel aceptable de seguridad, al tiempo que evitaba riesgos excesivos o compromisos militares excesivamente onerosos. En consecuencia, España pudo disfrutar de una elevada tranquilidad estratégica durante décadas, lo que hizo que el desarrollo de una geoestrategia autónoma y de alto perfil fuera política y socialmente indeseable y militarmente innecesaria. España mantuvo unos niveles adecuados de seguridad

³ WALTZ, KN., *Theory of International Politics*, 1979. Capítulo 6.

y defensa a un coste relativamente bajo. La mantequilla era más relevante que los cañones.

Esta actitud de pasividad geopolítica le sirvió bastante bien a España durante un largo período de su historia reciente. El país priorizó el desarrollo económico y social en el entendimiento de que, si fuera necesario, otros países proporcionarían apoyo militar adicional. Este comportamiento no fue practicado solo por España; muchas naciones europeas aplicaron políticas similares y redujeron sus capacidades militares hasta tal punto que, con el tiempo, el estado de la defensa europea se volvió peligrosamente inadecuado y excesivamente dependiente de las garantías de Estados Unidos.

La gran sensación de seguridad que experimentó España a finales del siglo XX y principios del XXI se debió a la existencia de un entorno internacional estable. A ello se sumó una opinión pública que, en general, rechazaba inclinaciones geopolíticas fuertes, ya que las percibía como favorables a un intervencionismo externo que históricamente había tenido consecuencias negativas para España. El resultado fue una limitación voluntaria de la ambición nacional de España, que renunció estar a la altura de su potencial geopolítico. Ello se tradujo en un perfil internacional bajo y una preferencia por las operaciones de gestión de crisis de alcance limitado, con compromisos militares mínimos y alta legitimidad, llevadas a cabo en el marco de las organizaciones de seguridad colectiva a las que España pertenecía. Las Fuerzas Armadas españolas se especializaron en operaciones «fuera de área», al tiempo que redujeron drásticamente su estructura y capacidad para intervenciones militares a gran escala⁴.

Esta característica fue compartida por la mayoría de los socios europeos al estar basada en un razonamiento pragmático: la hegemonía estadounidense hacía prácticamente inconcebibles las guerras industriales del pasado, mientras que la globalización facilitaba que los retos de seguridad originados en regiones lejanas

⁴ ESTADO MAYOR DE LA DEFENSA., PDC-01(A): Doctrina para el empleo de las Fuerzas Armadas, Madrid: Ministerio de Defensa, 2020.

—como el terrorismo, los conflictos regionales o las migraciones incontroladas— acabasen afectando a Europa, facilitados por la interconexión geográfica. La intervención occidental, si bien limitada, en esas zonas se convirtió en una estrategia racional para evitar que sus problemas de seguridad se extendieran a Europa.

En el terreno militar, España, al igual que sus socios europeos, se centró en desarrollar fuerzas expedicionarias relativamente sencillas y de bajo coste, aceptando la posibilidad de resultados decepcionantes, como ocurrió con Afganistán. Este enfoque de seguridad, que daba prioridad a la gestión de crisis frente a los conflictos de alta intensidad, condicionó las capacidades adquiridas por las Fuerzas Armadas españolas. Se optó por contar con medios ligeros, fáciles de transportar y que requerían pocos recursos logísticos, en lugar de los costosos, pesados y operativamente exigentes equipamientos necesarios para las operaciones militares convencionales.

Al mismo tiempo, España abandonó cualquier ambición de desarrollar armas nucleares, a pesar de la autonomía estratégica que ofrecen, confiando en que su seguridad frente a tales amenazas estaría garantizada por sus aliados que contaban con ellas, en particular Estados Unidos. La fuerza del Tratado de Washington garantizaba que Estados Unidos aceptaría riesgos existenciales para proteger a sus aliados europeos, a cambio de que países como España aceptaran una autonomía estratégica limitada. La disuasión nuclear aliada, en la que España participaba sin decidir, se convirtió así en la piedra angular de su defensa contra las amenazas nucleares, dado que España no podía hacerles frente de forma independiente.

Un punto de inflexión en las preocupaciones geopolíticas de España

El perfil geopolítico bajo de España, producto de los años optimistas de principios del siglo XX, persistió mientras duró el «dividendo de la paz» estadounidense. Durante este periodo, España pudo canalizar sus esfuerzos y recursos nacionales hacia el fortalecimiento de su estado del bienestar, asumiendo la hipótesis de que, en un mundo dominado por Estados Unidos, las grandes crisis y guerras

mundiales del siglo XX se habían convertido en reliquias del pasado.

Sin embargo, este paradigma de seguridad comenzó a cambiar a medida que el entorno internacional se deterioraba y el resurgimiento de grandes conflictos entre Estados se convertía en una realidad cada vez más evidente. La guerra en Ucrania planteó, por vez primera en décadas, la posibilidad de que España se viera envuelta en una guerra abierta en el Este de Europa, al tiempo que el prolongado conflicto entre Israel y Palestina puso de relieve la inestabilidad en Oriente Medio. Los escenarios bélicos convencionales ya no podían descartarse de plano. Además, las amenazas transversales a la seguridad que no se limitaban a regiones geográficas específicas —como los ciberataques, los ataques a las infraestructuras críticas o a las cadenas de suministros, el terrorismo internacional, o las migraciones masivas— cobraron cada vez más relevancia⁵.

Estos riesgos emergentes, originarios predominantemente en el llamado «Sur Global», comenzaron a desempeñar un papel significativo en la ecuación de seguridad de España, exigiendo una mayor atención a las cuestiones geopolíticas. Este contexto internacional en evolución provocó un cambio fundamental en la percepción de la seguridad de España, fomentando una mayor receptividad de la necesidad de afrontar los retos internacionales, ya que cada vez era más difícil, para naciones como España, permanecer aislada de ellos. La geografía comenzó a reafirmar su influencia inflexible, obligando a España a enfrentarse a las realidades de un sistema internacional cada vez más geopolítico. Al adaptarse a este nuevo mundo, que se iba inclinando hacia los principios del realismo más crudo, España comenzó a reconocer de forma pragmática los riesgos de desvincularse de los retos globales. En un mundo en el que, como afirma Robert Kagan, «la jungla ha vuelto»⁶, la sociedad española comenzó a asumir, lenta pero gradualmente, que la seguridad nacional estaba indisolublemente ligada a la geografía. La geografía es la que configura el poder de un Estado y determina su destino, y eso también es cierto para España.

⁵ GOBIERNO DE ESPAÑA., Estrategia de Seguridad Nacional 2021, Madrid: Presidencia del Gobierno, 2021. Disponible en: <https://www.dsn.gob.es>

⁶ KAGAN, R., «The jungle is back» (Vuelve la jungla). The Washington Post. 23 de mayo de 2016. Disponible en: <https://www.washingtonpost.com>

El creciente interés de España por la geopolítica tiene su origen, por tanto, en la necesidad de abordar los riesgos y amenazas a los que se enfrenta el país, algunos de los cuales han adquirido una dimensión existencial, entendiendo por existencial aquellas circunstancias por las que un Estado está dispuesto a defender a ultranza su existencia, incluso asumiendo la posibilidad de entrar en guerra. La perspectiva política que ofrece la geografía permite a España evaluar cómo las rivalidades sistémicas entre las grandes potencias, las disputas territoriales, o los movimientos ideológicos y religiosos radicales —en medio del resurgimiento del nacionalismo— plantean retos directos a su integridad territorial, al bienestar de su población y al funcionamiento normal de sus instituciones. Y estos son, en esencia, los factores que definen los intereses nacionales vitales que España como Estado, debe garantizar.

La alternativa a desarrollar una visión geopolítica propia sería permitir que actores externos impongan la suya, una opción inaceptable para España. Los peligros de alinearse pasivamente con los intereses de otros incluyen el riesgo de verse envuelto en guerras ajenas, mal concebidas, o imposibles de ganar. Por lo tanto, cualquier la estrategia que se apoye en la geopolítica de España debe hacer hincapié en la importancia de formular una visión nacional que tenga en cuenta los imperativos geográficos y responda de manera eficaz a los riesgos y amenazas específicos a los que se enfrenta el país.

Se trata de definir una geoestrategia basada en las motivaciones fundamentales que subyacen al comportamiento de los Estados —lo que Tucídides identifica como «miedo, interés propio y honor»⁷—, y cuyo objeto es resolver el doble dilema de seguridad de España. Por un lado, garantizar la protección adecuada de sus intereses nacionales; por otro, cumplir responsablemente sus compromisos internacionales. Encontrar una solución equilibrada a esta ecuación de seguridad debe convertirse en la piedra angular de su estrategia nacional, ahora y en el

⁷ Las interpretaciones de las motivaciones de los Estados (miedo, interés propio y honor) se asocian comúnmente con el «Diálogo de Melos» en: Tucídides, *Historia de la guerra del Peloponeso* (R. Warner, trad.), 2006.

futuro. Como demuestra la historia, un enfoque de seguridad mal concebido ha condenado con frecuencia a los Estados a derrotas irreversibles, incluso a la irrelevancia, o a su extinción.

Una posición geográfica singular

La posición geográfica de España es única y ofrece importantes ventajas a la hora de configurar su política exterior y de seguridad. La península ibérica, que se extiende a caballo de dos continentes —Europa y África— y está bordeada por tres mares —el Mediterráneo, el Atlántico y el Cantábrico—, permite a España actuar como puente y vía de comunicación estratégico. A través del Mediterráneo, conecta con Oriente Medio, el norte de África y el Sahel, mientras que su costa atlántica la une a las principales rutas de navegación mundiales y la proyecta hacia América, reforzando su identidad como nación predominantemente marítima.

Este carácter marítimo es un activo estratégico clave, si se la compara con los Estados europeos continentales sin litoral, cuyas limitaciones geográficas restringen su acceso a las rutas comerciales mundiales. En la era de la globalización, la capacidad de España para acceder a los vastos flujos mundiales de mercancías y cadenas de valor a través de sus conexiones marítimas refuerza su posición geoestratégica. La ubicación de la península ibérica al sur y al oeste de Europa facilita esta conexión, lo que otorga a España una posición ventajosa en el panorama económico y de seguridad mundial. Sin embargo, la geografía también ha situado a España en la periferia de Europa, una circunstancia que históricamente se ha considerado como una debilidad estratégica. Su lejanía de los centros continentales de toma de decisiones y de las principales corrientes de la geopolítica europea ha dejado a España relativamente aislada durante siglos.

Geográficamente, España está separada del resto del continente por los Pirineos, una formidable cadena montañosa que históricamente ha dificultado la conexión con el continente. A diferencia de las llanuras de Europa central, caracterizadas por tierras llanas, fértiles y fácilmente navegables, la península ibérica presenta un terreno fragmentado y accidentado, con una gran meseta central,

precipitaciones limitadas y numerosos sistemas montañosos. La geografía convierte a España en el segundo país con mayor altitud media de Europa, después de Suiza, no tanto por la elevación de sus montañas, sino por la gran extensión de su meseta central. Esta configuración singular de su territorio ha convertido históricamente a España en una fortaleza casi inexpugnable contra las invasiones, al tiempo que ha acentuado su aislamiento geográfico y político.

La interacción entre la geografía y la historia de España ha moldeado el carácter independiente y resiliente de su pueblo, pero también ha limitado su participación en muchos de los procesos políticos importantes que han definido la historia contemporánea de Europa. Pero también, esta misma posición geográfica, la ha librado de los efectos devastadores de las dos guerras mundiales del siglo XX. Las profundas transformaciones internas y externas de las últimas décadas han roto esta situación de relativo aislamiento y han permitido al país emerger como uno de los Estados más cosmopolitas y abiertos de Europa, integrándolo cada vez más en el sistema internacional. La geografía, por lo tanto, ha determinado la trayectoria histórica de España como nación, pero también ha moldeado el carácter de sus habitantes.

En el contexto actual de guerra abierta en el este de Europa, el valor estratégico de la posición de España se ha hecho más relevante. Situada a unos 3.000 kilómetros de Ucrania, a 5.000 kilómetros de Oriente Medio y a 2.000 kilómetros de Libia y el Sahel, España ocupa un «rincón privilegiado» de la cuenca mediterránea y goza de una posición geográfica ventajosa en el continente europeo en lo que respecta a la seguridad. La condición de cuasi-isla de España hace que guerras como la de Ucrania afecten limitadamente a su seguridad nacional, sin la inmediatez o intensidad que experimentan países como Polonia o los Estados bálticos. Del mismo modo, la situación en lugares de Mediterráneo como Libia, aunque significativa en cuanto a la seguridad, afecta más a Italia que a España.

La relativa lejanía de las zonas de conflicto activo en la periferia de Europa le

proporciona «profundidad estratégica» a la hora de abordar estas crisis. En este sentido, puede decirse que, si bien los conflictos que rodean a Europa afectan a los intereses nacionales de España, sin que ello suponga, en las circunstancias actuales, una amenaza existencial para su territorio, su población, sus instituciones o su economía. La relativa distancia geográfica de España de estas zonas de conflicto le permite abordar los retos comunes de seguridad europea con un cierto grado de «paciencia estratégica» y un menor sentido de urgencia en comparación con la mayoría de sus vecinos y aliados europeos.

Visión global y enfoque regional

España es fundamentalmente un país euroatlántico situado en un espacio geográfico en el que comparte valores e intereses con sus socios y aliados. Este posicionamiento obliga a España a mantener una perspectiva global sobre los retos de seguridad mundial, analizando los riesgos y amenazas y buscando respuestas en consonancia con sus socios. Al mismo tiempo, España debe calibrar su comportamiento internacional en función de sus propias prioridades de seguridad nacional, que no siempre coinciden plenamente con las de sus aliados.

En este contexto, España se posiciona como una potencia de tamaño medio a nivel mundial⁸ y como un actor relativamente importante en Europa en términos de tamaño, población, economía y Fuerzas Armadas. En consecuencia, España aborda los retos de seguridad con una visión global, al tiempo que prioriza sus acciones exteriores mediante un enfoque regional. Este enfoque reconoce que los intereses y las preocupaciones de seguridad de España se extienden por todo el mundo y, al mismo tiempo, asume su capacidad limitada para ejercer una influencia sustancial en todas las regiones del planeta. Sin embargo, no todas las zonas geográficas tienen la misma importancia para España, sino que existe un nivel de gradación que obliga a establecer prioridades⁹. Esto no es una

⁸ GOBIERNO DE ESPAÑA, Libro Blanco de la Defensa 2020, Ministerio de Defensa, Madrid, 2020, pp. 55-56. Disponible en: <https://www.defensa.gob.es>

⁹ MINISTERIO DE ASUNTOS EXTERIORES, UNIÓN EUROPEA Y COOPERACIÓN., Estrategia de Acción Exterior 2021-2024. Gobierno de España, Madrid, 2021. Disponible en el siguiente enlace: <https://www.exteriores.gob.es/>

peculiaridad de España, ya que es normal en la mayoría de los Estados, sean estos grandes, medianos o pequeños.

La posición geográfica de España y su condición de potencia mediana permiten una clasificación estratégica de las regiones del mundo en función de su importancia para los intereses españoles. En general, puede aplicarse el principio de proximidad geográfica, es decir, cuanto más cerca está una región de España, más significativos se perciben los riesgos y amenazas que provienen de ella y más urgente es dar una respuesta. La globalización ha mitigado en cierta medida la aplicación estricta de este principio al aumentar los intereses de España en regiones lejanas; sin embargo, la proximidad sigue siendo la norma predominante a la hora de establecer prioridades en base a la geopolítica. Esto simplifica la definición de los objetivos estratégicos clave a efectos de planificación y minimiza la probabilidad de errores de cálculo en relación con las prioridades nacionales de España.

Desde esta perspectiva, existen notables diferencias cualitativas y cuantitativas en cuanto a la importancia para la seguridad nacional española, de las distintas regiones. Por ejemplo, los acontecimientos en la región Indo-Pacífico —donde los intereses de seguridad españoles son limitados y su capacidad para contribuir de manera significativa a la seguridad regional es mínima— son menos importantes que los acontecimientos en el Mediterráneo y el norte de África, en particular en su región occidental. Estas zonas revisten una importancia estratégica para los intereses sustanciales de España y, en ellas, España puede ejercer una influencia significativa directa en su seguridad y estabilidad.

Por el contrario, desde una perspectiva puramente nacional, el conflicto en Ucrania no reviste un interés vital para España. La distancia geográfica de Ucrania con respecto a la Península Ibérica significa que España no tiene allí reivindicaciones territoriales, ni población española en peligro, ni recursos críticos esenciales para su economía. Lo que eleva la importancia de Ucrania dentro del marco de seguridad de España, es la posibilidad abierta y peligrosa de

una guerra a gran escala en el territorio europeo y los compromisos de España en el marco de la OTAN y la Unión Europea.

No obstante, la geografía desempeña un papel moderador en la postura de España respecto a la guerra en Ucrania. La distancia física atenúa el interés de España y fomenta un enfoque cauteloso ante cualquier entusiasmo intervencionista. La contribución de España a la seguridad de Ucrania puede abordarse adecuadamente en el marco de los compromisos más amplios asumidos en virtud de la solidaridad de la OTAN y la UE, alineando sus acciones con las de sus aliados. Es la solidaridad atlántica, la que sitúa a España junto a sus socios europeos, lo cual es lógico dados los intereses compartidos y las preocupaciones comunes en materia de seguridad. Pero esta solidaridad debe estar suficientemente compensada por la reciprocidad en el flanco sur de Europa, donde se encuentran sus intereses vitales y de donde proceden la mayor parte de las amenazas y riesgos para su seguridad. El objetivo final de cualquier geopolítica equilibrada de España debe ser evitar las «sorpresa estratégicas».

En lo que respecta al conflicto de Oriente Medio, la posición geográfica de España vuelve a desempeñar un papel determinante en la configuración de sus intereses. En términos generales, la distancia a esta región reduce la importancia de los intereses directos de España y limita su capacidad para actuar de forma relevante en ella. Sin embargo, varios factores matizan esta regla general, entre ellos la importancia de la región como fuente de recursos vitales para la economía española, como el petróleo y el gas. A esto hay que añadir la aparición de amenazas terroristas procedentes de Oriente Medio y la inestabilidad geopolítica que se extiende desde esta región hasta el Mediterráneo y Europa. Estas consideraciones amplifican la relevancia de Oriente Medio en los cálculos geopolíticos de España, aunque siempre asumiendo que su capacidad para influir en los acontecimientos que allí se producen es muy limitada en comparación con otras potencias regionales o mundiales.

Del mismo modo, en el caso de China, la geopolítica española adopta una

perspectiva equilibrada, reconociendo tanto los riesgos que plantea China como las oportunidades de cooperación¹⁰. Las lecciones aprendidas de los conflictos en Libia, Siria, Irak y Afganistán han moderado cualquier entusiasmo por las intervenciones militares en el Indo-Pacífico, una región en la que los intereses de España son limitados y su capacidad para actuar de forma independiente se ve restringida en un escenario de confrontación entre grandes potencias.

La estrategia geopolítica de España en el Indo-Pacífico es cooperativa y se centra en aprovechar pragmáticamente las oportunidades que ofrece la emergencia de China como gran potencia, evitando verse envuelta en la competencia entre Estados Unidos y China, o verse arrastrada a posturas beligerantes en regiones que estas consideran sus esferas de influencia¹¹.

Proyección y profundidad estratégica

De especial relevancia para España, y estrechamente vinculada a su posición geográfica, es la necesidad de proyectar una influencia constructiva y estabilizadora en las regiones cercanas del norte de África. En este sentido, las Islas Canarias, las Islas Baleares y las ciudades autónomas de Ceuta y Melilla desempeñan un papel fundamental en la estrategia geopolítica de España.

Las ciudades autónomas de Ceuta y Melilla otorgan a España la distinción única de mantener territorio soberano en el continente africano, una característica con la que no cuenta ninguna nación europea. Si bien el su origen de esta singularidad tiene sus raíces en factores históricos, su importancia estratégica actual se basa en el hecho de que, hoy en día, Ceuta y Melilla se ha convertido en «termómetros» para medir la intensidad de los riesgos para la seguridad europea. Sirven como indicadores que permiten evaluar la evolución de la situación en el norte de África, facilitando el

¹⁰ ESTEBAN, M. - ARMANINI, U., La política informal de España hacia China: un enfoque coherente y europeísta, Real Instituto Elcano, 2023. Disponible en: <https://www.realinstitutoelcano.org/analisis/la-politica-informal-de-espana-hacia-china-un-enfoque-coherente-y-europeista/>

¹¹ MINISTERIO DE ASUNTOS EXTERIORES, UNIÓN EUROPEA Y COOPERACIÓN.), Una visión estratégica para España en Asia 2018-2022, Madrid, 2018. Disponible en el siguiente enlace: https://www.exteriores.gob.es/es/ServiciosAlCiudadano/PublicacionesOficiales/2018_02 ESTRATEGIA%20ASIA%20ENG.pdf

diseño de estrategias de respuesta nacionales y europeas eficaces. Esta es una importante contribución de España a la seguridad europea.

Ceuta, en la costa sur del estrecho de Gibraltar, ofrece una ventaja estratégica adicional. Contribuye a garantizar el tráfico marítimo a través del estrecho y, con ello, la seguridad de la navegación entre el océano Atlántico y el mar Mediterráneo. La capacidad de España para controlar ambos lados del estrecho es un activo estratégico por derecho propio. Esta capacidad ha cobrado mayor importancia para la seguridad europea, si lo comparamos con la vulnerabilidad de otros puntos de paso marítimos críticos como Bab el Mandeb, el estrecho de Ormuz y el canal de Suez.

Por su parte, los archipiélagos de Canarias y Baleares proporcionan a España profundidad estratégica y le permiten proyectar su influencia sobre regiones sensibles en África¹². Las Islas Baleares refuerzan la capacidad de España para influir en el Mediterráneo central, mientras que las Islas Canarias actúan como plataforma de proyección a lo largo de la costa atlántica de África Occidental. Al estar situadas frente al extremo occidental del Sahel, desempeñan un papel importante en las potenciales respuestas de España y la Unión Europea a los retos de seguridad que se originan en esta región de África.

África como principal área de interés para la seguridad

La proximidad de África, especialmente del Magreb y el Sahel, confiere a estas regiones una importancia estratégica para España que supera a la de zonas más lejanas. La Estrategia de Seguridad Nacional de España las identifica como áreas vitales para la seguridad nacional, dadas las implicaciones que tienen para las migraciones masivas, el terrorismo, la delincuencia organizada, o la inestabilidad regional¹³. Estos factores influyen considerablemente en la política de seguridad y defensa de España, ya que ponen en riesgo importantes intereses económicos y

¹² MINISTERIO DE DEFENSA DE ESPAÑA (2020), Libro Blanco de la Defensa 2000, op. cit., pp. 186-187.

¹³ Así se afirma en la Estrategia de Seguridad Nacional 2021 de España, que identifica a África como una región de gran relevancia para la seguridad española.

de seguridad nacional.

La proximidad geográfica convierte a las naciones africanas en socios estratégicos de facto para España. Sin embargo, estas relaciones suelen ser complejas de manejar debido a la incapacidad de muchos Estados africanos para ejercer plena soberanía sobre sus territorios, a lo que se suman las tensiones regionales y la competencia por la hegemonía en el Magreb. Los principales objetivos estratégicos de España consisten en evitar escaladas militares que puedan conducir a enfrentamientos directos entre potencias regionales y promover la estabilidad regional mediante el diálogo, el desarrollo económico y la integración política.

Otro objetivo de la geopolítica española consistiría en mitigar los efectos adversos de la migración descontrolada, los conflictos regionales y el terrorismo, evitando que se conviertan en amenazas existenciales para España. Esto implica fomentar las relaciones de cooperación con los socios del norte de África basadas en intereses económicos y de seguridad comunes, con el objetivo final de reducir las tensiones y mejorar la estabilidad regional.

No obstante, España es consciente de que la competencia geopolítica en el Magreb entre potencias rivales sigue desestabilizando la región. Esta realidad subraya la necesidad de la disuasión como piedra angular de cualquier geoestrategia española integral y coherente que incorpore una dimensión de seguridad. La política de seguridad de España debe hacer hincapié en un componente militar robusto, respaldado por capacidades avanzadas que garanticen la defensa en todo el espectro de posibles conflictos. Una estrategia coherente y creíble basado en este enfoque evitará «sorpresas estratégicas» y disuadirá las reivindicaciones territoriales sobre los espacios de soberanía española. Las tendencias derivadas de la situación en Europa permitirán reforzar y ampliar estas capacidades, a medida que se materialicen los aumentos previstos en el gasto de defensa en los próximos años, reforzando con ello la necesaria disuasión.

Más lejos se encuentra la región del Sahel, cuyas dinámicas geopolíticas y de

seguridad la convierten en una zona de interés prioritario para España, a pesar de la ausencia de continuidad geográfica directa con la Península Ibérica. El Sahel actúa como una frontera avanzada para la seguridad española y europea, donde prosperan amenazas como el terrorismo, el crimen organizado, o se originan fenómenos como la migración masiva, con un elevado potencial para afectar a Europa. La posición de España como el país europeo más cercano a África le confiere un papel crucial como vía de acceso natural entre el Sahel y Europa a través del estrecho de Gibraltar.

En el Sahel y, de una manera más general, en la amplia región de África Occidental, la proximidad geográfica, el nivel de relaciones y la sensibilidad histórica de España, le brindan una excelente oportunidad para contribuir a la seguridad euroatlántica, defendiendo la visión de los países del sur sobre la necesidad de lograr una seguridad integral de Europa que cubra los 360 grados. Esto es especialmente relevante en unos momentos en los que la guerra en Ucrania ha redirigido el enfoque y las preocupaciones estratégicas de Europa y la OTAN hacia el este, en detrimento de las prioridades de seguridad en el sur.

En medio de este panorama estratégico cambiante, España aboga por un enfoque de la seguridad europea que equilibre la necesaria atención prestada a Europa del este con una renovada al sur. España puede promover iniciativas más ambiciosas dentro de la UE y la OTAN que mejoren la estabilidad regional mediante la cooperación económica y la asistencia militar. En lugar de adoptar un enfoque puramente militar, España debe dirigir su enfoque geopolítico en África centrado al fortalecimiento de la seguridad y la promoción del desarrollo regional a través de una asociación cooperativa. En lugar de imponer las políticas europeas, como solía ser habitual en el pasado, el objetivo ahora debería ser identificar puntos en común en cuestiones controvertidas como la migración, la gestión de la seguridad y la lucha contra el terrorismo. Este cambio requiere la creación de estructuras de cooperación más sólidas que eviten las actitudes paternalistas que históricamente han contribuido a alejar a las naciones africanas de Europa. Estas actitudes también han favorecido que potencias revisionistas como Rusia y China dominen el discurso en las sociedades africanas.

La ausencia de un pasado colonial controvertido en España permite disminuir el escepticismo africano hacia las intenciones europeas. Esta característica favorece el interés de España de fomentar un grado de cooperación que se ajuste a las expectativas africanas y que vaya más allá de las declaraciones retóricas clásicas de las instituciones europeas. El enfoque debe centrarse en desarrollar asociaciones prácticas que aborden las necesidades africanas y proporcionen beneficios tangibles.

España ha adoptado un enfoque pragmático y no arrogante en sus relaciones con los socios africanos, incluso cuando estos actúan en ocasiones de forma contraria a principios del Estado de derecho. Este enfoque va a exigir, con una visión realista y prudente, nuevas formas de colaborar con gobiernos africanos que tienen perspectivas controvertidas sobre cuestiones como la justicia penal internacional, la orientación sexual o la pena de muerte.

España también reconoce la importancia de mantener una presencia activa sobre el terreno en países críticos como Senegal y Mauritania, donde existen unas condiciones de seguridad y un entorno político que permiten una cooperación más estrecha. Esta presencia sostenida en circunstancias complicadas es la demostración más clara del compromiso de España con la resolución de los problemas regionales y supone una contribución significativa a la solución de los mismos.

Conclusión. La geopolítica es importante para España

Las tendencias geopolíticas actuales sugieren que España se va progresivamente alineando con las posturas pragmáticas y asertivas que están siendo adoptadas por muchos países, buscando promover sus intereses nacionales, pero con un enfoque cooperativo. Esta nueva visión supone un cambio significativo con respecto a épocas anteriores, en las que España dependía en gran medida de las garantías que le proporcionaba su pertenencia a organizaciones políticas y militares poderosas como la OTAN y, en menor medida, la UE. Durante décadas, estas alianzas ofrecieron a España un alto grado de seguridad a través de las

garantías que proporciona la defensa colectiva, lo que le permitió priorizar el crecimiento económico y el mantenimiento del estado del bienestar, por encima de las preocupaciones de seguridad. El supuesto era que las amenazas eran escasas y, en caso de que se materializaran, serían fácilmente manejables con el apoyo de los aliados.

Sin embargo, este paradigma de seguridad ya no es posible. En un contexto internacional en el que las normas que rigen las relaciones pacíficas se están erosionando rápidamente, España necesita desarrollar su propia visión geopolítica nacional como pilar fundamental de sus políticas de defensa y seguridad. El renovado enfoque euroatlántico en la defensa colectiva —a expensas de una gestión de crisis menos exigente desde el punto de vista militar— derivado de la guerra de Ucrania, ha tenido el efecto positivo de revitalizar las capacidades de defensa de España y revertir décadas de declive militar. Este cambio mejorará progresivamente la postura de disuasión de España mediante el establecimiento de estructuras militares más creíbles y sólidas.

Las guerras en Ucrania y Oriente Medio, la competencia entre las grandes potencias y, en general, el deterioro del entorno de seguridad internacional, han puesto de relieve la necesidad de un enfoque de seguridad renovado que asuma escenarios en los que un conflicto abierto en Europa sean una posibilidad tangible. La invasión rusa de Ucrania ha reforzado la cohesión política y militar europea, pero también ha obligado a España a aceptar compromisos que pueden terminar siendo existenciales en Europa del este, una región en la que sus intereses directos se limitaban anteriormente a la solidaridad atlántica.

Al mismo tiempo, España ha tenido que asumir resignadamente el hecho de que, la prioridad que la OTAN y la UE conceden a la amenaza rusa, ha restado importancia a la perspectiva de seguridad de 360 grados que incluye los retos de seguridad que emanan del sur. La posesión de territorios soberanos en el norte de África —no cubiertos por el paraguas defensivo de la OTAN— y la condición ultraperiférica de las Islas Canarias otorgan a España una identidad geopolítica singular, que exige una política de defensa adaptada a sus circunstancias

específicas y en la que la disuasión se convierte en la piedra angular de cualquier estrategia de seguridad creíble.

Puede que la política de seguridad de España goce de una autonomía reducida en la escena internacional y una capacidad limitada de configurar el panorama de seguridad global, pero tiene un potencial considerable para actuar en África. España puede contribuir de forma limitada a la política de seguridad de la UE en el este, pero puede aprovechar su ventajosa posición geográfica para abordar las amenazas procedentes del sur.

Europa comparte intereses clave con África en ámbitos como la lucha contra el cambio climático y el fomento de un crecimiento económico sostenible y generador de empleo. Sin embargo, la UE aún no ha logrado alcanzar un consenso sobre cuestiones controvertidas como la migración, la gestión de la seguridad y la lucha contra el terrorismo, por no hablar de los valores fundamentales. Ante estos retos, España ofrece una visión desde el Mediterráneo contemplado como un espacio de conexión entre Europa y África, tal y como lo fue en la antigüedad, en lugar de una línea divisoria entre regiones geopolíticas antagonistas. Esta perspectiva es cada vez más necesaria en un momento en el que se intensifican los problemas de seguridad regional y una Europa envejecida y con dificultades económicas se enfrenta a una África joven, dinámica y en crecimiento.

En un panorama global dominado por unas pocas potencias importantes, las oportunidades para que una potencia media como España actúe de forma autónoma son limitadas. No obstante, España puede aprovechar sus ventajas geográficas para abordar de forma constructiva los retos de seguridad en su vecindad meridional. La proximidad favorece una visión en la que las debilidades estructurales de muchos Estados africanos, junto con sus importantes retos políticos, económicos y sociales, se convierten en preocupaciones de seguridad España. Instrumentos como la cooperación civil y militar, la ayuda al desarrollo, la gestión de crisis y la respuesta humanitaria son herramientas muy adecuadas para que España logre una presencia más destacada y eficaz en África.

Al ser el país europeo más cercano a África y constituir la frontera suroeste de la

UE, España tiene una ventaja comparativa como proveedor de seguridad, incrementada por carecer del lastre del legado colonial que provoca escepticismo en las sociedades africanas. España debe estar preparada para asumir un papel más importante a la hora de abordar los retos que se originan en África, como el tráfico de drogas, el terrorismo, las enfermedades infecciosas, la migración ilegal, la competencia por los recursos o la existencia de Estados o grupos paramilitares hostiles a nuestros intereses. Estas cuestiones son cada vez más relevantes para los marcos de seguridad tanto de España como de la UE.

Esta realidad geopolítica obliga a España a posicionarse como un actor prudente y constructivo, dando prioridad a su papel como principal defensor de las iniciativas de seguridad africanas dentro de la UE y la OTAN. Puede que el futuro de la seguridad de Europa se decida en Ucrania, pero la de España se juega en el sur. En mayo de 2023, la cadena franco-alemana ARTE describió a España como una «potencia discreta», aunque «potencia prudente» podría ser una definición más precisa de su comportamiento internacional. España posee una cantidad significativa de lo que Joseph Nye definió como «poder blando», es decir, la capacidad de influir positivamente en su entorno geopolítico sin depender únicamente de la fuerza militar¹⁴. África es el escenario natural en el que España puede ejercer con razonable probabilidad de éxito esta influencia.

Por su posición geográfica, su economía en crecimiento, su apertura al mundo y su sensibilidad razonable hacia las cuestiones de seguridad internacional, España debe seguir siendo un actor constructivo en los asuntos mundiales, pero también aspirar a convertirse en un proveedor de seguridad en África. Será el ejercicio de su voluntad y el empleo de sus capacidades la que le permita equilibrar sus intereses nacionales y sus compromisos internacionales, con el objetivo de garantizar su seguridad nacional y, de una manera más amplia, la europea.

¹⁴ NYE, J. S., *Soft power: The means to success in world politics*, 2004, p. 4.